

HJALMAR SÖDERBERG



EL
DOCTOR
GLAS

Imaginen el clásico drama decimonónico protagonizado por un viejo tiránico, su hija o su joven esposa desventurada y el canalla que la pretende, como ocurre en Eugenia Grandet de Balzac o Washington Square de Henry James, pero invocado esta vez por una sensibilidad similar a la de un Strindberg o un Ingmar Bergman y empezarán a hacerse una idea de la fuerza y el candor de esta punzante obra maestra de la literatura del norte de Europa.

EL DOCTOR GLAS

Hjalmar Söderberg

12 de junio.

Nunca he visto un verano semejante. Un calor de perro desde mediados de mayo. Todo el día, una espesa nube de vapor se cierne inmóvil sobre calles y plazas.

Hasta que llega el crepúsculo no revive uno un poco. Acabo de dar un paseo vespertino, como hago casi cada día al terminar las visitas a los enfermos; y no tengo muchos ahora en verano. Llega del este una brisa fresca sostenida, el calor se levanta y gira lentamente, y se convierte en un largo velo de tela roja, alejándose hacia el oeste. Ya no hay traqueteos de carros, sólo un coche de vez en cuando, y tranvías que campanillean. Ando despacio por las calles, ocasionalmente encuentro un conocido, y nos quedamos un rato charlando en una esquina. ¿Pero por qué tengo que encontrarme siempre con el pastor Gregorius? Cada vez que veo al hombre me acuerdo de una anécdota que una vez oí contar de Schopenhauer. El huracán filósofo estaba sentado en una esquina de su café habitual, solo como de costumbre; se abre la puerta y entra una persona de aspecto antipático. Schopenhauer le da una ojeada, hace una mueca de asco y de susto, se levanta y se pone a apalearle la cabeza con el bastón. Y eso sólo por el aspecto del sujeto.

Bueno, yo no soy ningún Schopenhauer; cuando he visto que el clérigo venía hacia mí desde lejos (era en el puente de Vasa), me he parado de golpe y me he vuelto a contemplar el panorama apoyándome con los codos en el pretil. Las casas grises de la isla de Helgeand, la decrepita arquitectura (gótico en madera) del viejo establecimiento

de baños reflejándose en la corriente del canal, los grandes viejos sauces que hundan las hojas en la corriente. Tenía la esperanza de que el clérigo no me habría visto y de que no me reconocería al verme sólo la espalda, y ya casi lo había olvidado, cuando de pronto me di cuenta de que estaba a mi lado, apoyado como yo de codos en el pretil y ladeando la cabeza –exactamente en la misma postura que en la iglesia de Jacobo, cuando yo estaba en el banco de la familia al lado de mi pobre madre, y por primera vez vi esa odiosa fisonomía asomar por el púlpito como un hongo hediondo y soltar su «Abba, Padre amado». La misma fofa cara grisácea; las mismas patillas de un amarillo sucio, ahora tal vez un poco moteadas de gris; y la misma mirada, insondablemente vil, detrás de las gafas. Imposible escapar, soy ahora su médico, como el de tantos otros, y a veces acude a mí con el cuento de sus males.

–Mucho gusto en verle, pastor, ¿cómo se encuentra?

–No muy bien, nada bien, el corazón no marcha, late sin regularidad, a veces por las noches me parece que se para.

Encantado de saberlo, pensé. Puedes estirar la pata, viejo pillo, y así no volverás a taparme el panorama. Además, tienes una esposa hermosa, a la que probablemente atormentas, y cuando te mueras volverá a casarse y encontrará un marido mucho mejor. Pero en voz alta dije:

–Hombre, hombre. Venga a verme un día de éstos, y veremos lo que conviene hacer.

Sin embargo, él quería hablar de muchas otras cosas, de cosas importantes: que no es cosa natural, este calor, y es una estupidez que construyan un enorme edificio del parlamento en aquella isleta, y tampoco mi esposa goza de muy buena salud.

Por fin se largó, y proseguí mi camino. Entré en el barrio viejo, siguiendo el Storkyrkobrinken, y anduve al azar por las callejuelas. Un pesado crepúsculo por los patios y

entre las casas, y sombras extrañas por las paredes, sombras que no se ven nunca en nuestros barrios.

... La señora de Gregorius. Extraña visita, la que me hizo el otro día. Se presentó en mi consultorio. Vi cuando llegaba, y fue de los primeros clientes, pero pasó la última, dejando que todos se le adelantaran. Por fin entró. Se ruborizaba y tartamudeaba. Por fin declaró no sé qué de un dolor que tenía en la garganta. Sí, pero la verdad era que ya casi había pasado.

–Volveré mañana –dijo–. Ahora tengo tanta prisa...

No ha vuelto todavía.

Salí de las callejuelas y paseé por el Skeppsbron. La luna estaba encima de la isla de Skepps, amarillo limón en el azul. Pero se me habían desvanecido toda la calma y la paz del ánimo, por culpa del encuentro con el pastor. ¡Que tenga que haber en el mundo gentes como él! Quién no ha oído hablar del antiguo problema, tan a menudo debatido cuando unos cuantos pobres diablos se reúnen alrededor de una mesa de café: si pudieras matar un mandarín chino apretando simplemente un botón en la pared, o por un mero acto de voluntad, y tuvieras que heredar sus riquezas, ¿lo harías? Una pregunta que nunca me he esforzado por contestar, acaso porque nunca he conocido, en su auténtica dureza y amargura, el tormento de ser pobre. Pero me parece que si pudiera matar aquel clérigo apretando simplemente un botón en la pared, lo haría.

Cuando volvía a casa entre la innatural, pálida penumbra de la noche, el calor me parecía tan ahogador como en pleno mediodía y como saturado de angustia, y las rojas nubes de vapor acumuladas entre las chimeneas de las fábricas de Kungsholmen parecían adormecidos desastres. Ya casi en casa, crucé con lentos pasos frente a la iglesia de Santa Clara, con el sombrero en la mano y el sudor brotándome de la frente. Ni siquiera debajo de los altos árboles del cementerio hacía fresco, pero en casi cada

banco había una pareja que susurraba, y algunas entremezclaban las rodillas y se besaban con ojos ebrios.

* * *

Ahora estoy junto a la ventana abierta y escribo esto —¿para quién? No para ningún amigo ni ninguna amiga, y apenas para mí mismo, ya que no leo hoy lo que escribí ayer, ni voy a leer esto mañana. Escribo simplemente para mover la mano, ya que el pensamiento ya se mueve por su cuenta; escribo para matar unas horas de insomnio. ¿Por qué no consigo dormir? Después de todo, no he cometido ningún crimen.

* * *

Lo que escribo en estas páginas no es una confesión. ¿A quién iba a confesarme? Tampoco cuento todo lo mío. Sólo cuento lo que me gusta contar, pero no digo nada que no sea verdad. Con mentiras no voy a ahuyentar la infelicidad de mi alma, suponiendo que sea infeliz.

* * *

Fuera, la inmensa noche azul se cierne sobre los árboles del cementerio. Ahora la ciudad está silenciosa, tan silenciosa que los suspiros y los murmullos de abajo suben hasta aquí, y ocasionalmente brota una risa canalla. Me parece que en este momento nadie en el mundo está tan solo como yo. Yo, el licenciado en medicina Tyko Gabriel Glas, que a veces ayudo a otros pero no he podido nunca

ayudarme a mí mismo, y que, a los treinta años cumplidos, nunca he estado junto a una mujer.

14 de junio.

¡Qué oficio! ¿Cómo es posible que entre todas las profesiones escogiera yo la menos adecuada para mí? Un médico tiene que ser una de dos: filántropo o ambicioso. Es verdad que en tiempos creí ser ambas cosas a la vez.

Una vez más, hoy me ha visitado una pobre mujer, que lloraba e imploraba mi ayuda. Hace años que la conozco. Casada con un pequeño funcionario, cuatro mil coronas al año o algo por el estilo, y tres hijos. Los hijos llegaron uno tras otro en los tres años primeros. Luego ha tenido calma por cinco o seis años, ha recobrado un poco de salud y vigor y juventud, ha podido poner un poco de orden en su vida familiar, recuperarse un poco de sus calamidades. Cortos de pan naturalmente, pero se las han arreglado, a lo que parece. Y ahora, de pronto, otra vez el desastre.

Lloraba tanto que apenas podía hablar.

He contestado naturalmente con el sermón de siempre, que me tengo aprendido de memoria para recitarlo en tales casos: mi deber profesional, y el respeto por la vida humana, incluso por la más débil.

Me he mostrado severo e inmovible. Y al fin ha tenido que irse, avergonzada, perpleja, desesperada.

Apunté el caso: es el decimoctavo en mi carrera, y no soy ginecólogo.

Nunca olvidaré el primero: era una muchacha joven, alrededor de los veintidós. Alta y morena, una joven hermosa un poco vulgar. Se veía enseguida que era de la especie que debe de haber poblado la tierra en los tiempos de Lutero, si éste tuvo razón cuando escribió: a una mujer

le es tan imposible vivir sin un hombre como morderse su propia nariz. Espesa sangre burguesa. El padre era un comerciante acomodado, yo era el médico de la familia, y por eso acudió a mí. Estaba trastornada, fuera de sí, pero no se mostraba precisamente tímida.

—Sálveme —suplicaba—, sálveme.

Contesté con lo del deber, etc., pero estaba claro que aquello era incomprendible para ella. Le expliqué que la ley no era partidaria de que se hicieran juegos de manos en casos semejantes.

—¿La ley?

Me miró sin comprender. Le aconsejé confiarse a su madre: ella hablaría con papá, y habría casamiento.

—Oh, no, mi novio no tiene dinero, y papá no me perdonaría nunca.

No estaban prometidos, decía «novio» sencillamente porque no encontraba otra palabra, ya que «amante» es una palabra de novela y dicha en voz alta suena a indecente.

—¡Sálveme, tenga un poco de compasión! No sé qué hacer, soy capaz de arrojarme al mar.

Me puse impaciente. La verdad es que no despertó en mí sentimientos particularmente compasivos, porque esas cosas se arreglan siempre, donde hay dinero. El orgullo es lo único que tiene que sufrir un poco. Inspiró por la nariz, se sonó, habló con incoherencia, y al fin se arrojó al suelo convulsionándose y chillando.

Bueno, el asunto acabó naturalmente como pensé: el padre, un bruto energúmeno, le pegó unas cuantas bofetadas, la casó a toda prisa con el cómplice del crimen, y los mandó para un largo viaje de bodas.

Casos como aquél no me han dado nunca quebraderos de cabeza. Pero la pobre mujer de hoy me daba verdadera pena. Tanto sufrimiento y tanta miseria, por tan poco placer.

El respeto por la vida humana. ¿Qué es esto en mi boca sino vil hipocresía, y qué otra cosa puede ser para cualquiera que haya dedicado una hora de ocio a pensar un poco? Todo pulula de vida humana. Y en cuanto a las vidas humanas lejanas, invisibles y desconocidas, no le importan un bledo a nadie, con la posible excepción de unos cuantos filántropos cuya necedad está muy por encima de lo normal. Todos los gobiernos y parlamentos del mundo lo demuestran a cada paso.

Y el «deber», qué excelente biombo detrás del cual esconderse cuando se trata de evitar hacer lo que tendría que hacerse.

Pero uno no lo puede arriesgar todo, posición social, dignidad, futuro, por ayudar a personas extrañas e indiferentes. Confiar en su silencio sería pueril. Una amiga se encuentra en el mismo apuro, se le dice en voz baja donde puede conseguir el remedio, y pronto está uno fichado. No, lo mejor es atenerse al deber, aunque sólo sea una bambalina pintada, como las aldeas de Potyomkin. Lo único que me da miedo es que a fuerza de recitar a cada paso mi rollo sobre el deber acabaré creyéndolo yo mismo. Potyomkin sólo engañaba a su zarina, y cuánto más despreciable es el engañarse a sí mismo.

Posición, dignidad, porvenir. Como si yo no estuviera dispuesto a embarcar todas estas mercancías en el primer barco que pase cargado de acción.

Una auténtica acción.

15 de junio.

De nuevo estoy sentado junto a la ventana, fuera la noche azul está en vela, y debajo de los árboles hay susurros y roces.

Ayer me crucé con una pareja, marido y mujer, en mi paseo vespertino. La reconocí al instante. No hace tantos años que bailaba con ella en las fiestas, y no he olvidado que cada vez que la veía me daba de regalo una noche de insomnio. Pero ella no lo sabía. No era todavía una mujer. Era una muchacha. Era un sueño viviente: el masculino sueño de una mujer.

Ahora pasa por las calles del brazo del marido. Vestida con trajes más caros que los de entonces, pero más vulgar, más burguesa. Algo apagado y gastado en la mirada, pero a la vez una satisfecha expresión matronil, como si llevara y presentara su propio estómago en una bandeja de plata.

No, no lo comprendo. ¿Por qué tiene que ser así, por qué tiene que ocurrir siempre así? ¿Por qué el amor tiene que ser un oro de gnomo maligno, que a la mañana siguiente se transforma en flores marchitas, o en porquería, o en borracheras de cerveza? De la nostalgia humana por el amor ha brotado al fin y al cabo toda la parte de la cultura que no se orienta directamente a calmar el hambre o a luchar contra los enemigos. El sentimiento de la belleza no mana de otra fuente. Todo el arte, toda la poesía, toda la música han bebido en ella. El más soso cuadro de historia moderno, las madonas de Rafael, y las obreritas parisinas de Steinlen, el «Ángel de la Muerte» como el Cantar

de los Cantares y el *Buch der Lieder*, oratorios y vales vieneses, incluso toda moldura de yeso en esta casa horrenda donde vivo, todo dibujo de la alfombra, la forma de aquel jarrón de porcelana y el diseño de mi bufanda, todo lo que pretende gustar y embellecer, tanto si lo logra como si no, viene de allí, aunque sea por caminos muy largos y tortuosos. Y esto no es un desvarío nocturno mío, sino que se ha demostrado cien veces.

Pero aquella fuente no se llama amor, se llama el sueño del amor.

Y por otra parte está todo lo que se enlaza con la realización del sueño, con la satisfacción del instinto y sus consecuencias. Nuestro más profundo sentimiento lo mira como algo feo, indecente. No puede demostrarse que lo sea, se trata sólo de una intuición: *mi* intuición, y me parece que la de todo el mundo. La gente siempre habla de las historias de amor de unos y de otros como de algo bajo o cómico, a menudo sin hacer excepción para las historias propias. Y luego las consecuencias... Una mujer embarazada es una cosa horrible. Un niño recién nacido es repugnante. Un lecho de muerte rara vez produce una impresión tan abominable como un nacimiento, esa atroz sinfonía de chillidos y porquería y sangre.

Pero, en primer y último lugar, el acto mismo. Nunca olvidaré el momento de mi infancia en que, bajo el gran castaño del patio de la escuela, oí por primera vez a un compañero explicar «cómo se hacía». No quise creerlo, y otros muchachos tuvieron que confirmarlo y burlarse de mi tontería, pero ni siquiera entonces quedé enteramente convencido, y escapé corriendo, lleno de furor. ¿De modo que mi padre y mi madre habían hecho aquello? ¿Y tenía que hacerlo yo cuando fuera mayor? ¿No había escapatoria?

Siempre sentí un profundo desprecio por los chicos pervertidos que escribían palabras sucias en paredes y pupitres. Pero en aquel momento me pareció como si

Dios mismo hubiera escrito algo sucio a través del cielo azul de primavera, y creo que realmente fue la primera vez que empecé a preguntarme si existe algún dios.

Todavía hoy no me he recobrado del todo de mi consternación. ¿Por qué la vida de nuestra especie tiene que conservarse, y nuestro deseo saciarse, mediante un órgano que usamos varias veces al día para evacuar impurezas? ¿No podría hacerse mediante un acto dotado de dignidad y de hermosura, a la vez que de profundo goce? Un acto que pudiera realizarse en la iglesia, a la vista de todos, igual que en la tiniebla y la soledad. O en un templo de rosas, al sol, entre canto de coros y la danza de los invitados a las nupcias.

* * *

No sé cuánto tiempo hace que camino de un extremo a otro de la habitación.

Fuera crece la luz, la veleta de la iglesia brilla a levante, los gorriones pían hambrientos y excitados.

Es curioso que un escalofrío cruza siempre por el aire antes de la salida del sol.

18 de junio.

Hoy ha refrescado un poco, y por vez primera desde hace más de un mes he montado a caballo.

¡Qué mañana! Anoche me acosté temprano, y he dormido bien toda la noche. Nunca duermo sin soñar, pero los sueños de hoy han sido azules y ligeros. He ido a caballo hasta Haga, dando la vuelta al Templo del Eco, más allá de los pabellones de cobre. Rocío y telarañas en todos los arbustos, y un gran suspiro por los árboles. Deva estaba del mejor ánimo, y la tierra bailaba a nuestro paso, joven y fresca como en la mañana del domingo de la creación. Llegué a una pequeña posada que ya conocía, habiendo estado allí varias veces en primavera, en mis cabalgatas matinales. Bajé del caballo, bebí de un trago un vaso de cerveza, tomé por la cintura la camarera de ojos negros, giré alzándola del suelo, la besé en el pelo y volví a montar.

Como dice la canción.